

Una promesa de Campoamor

CARTA DEL RÍO NAVIA AL ILUSTRE POETA

Querido Ramón: Aunque hace muchos años que no oyes (1) el rumor de mi corriente, me atrevo, sin embargo, á mandarte cuatro letras, seguro como estoy de que tienes de mí algún recuerdo. ¡No has de tener! Dorando recuerdos al fuego de la inspiración vivís los poetas, sobre todo los viejos, que tenéis las alforjas bien repletas de ellos. El pobre Rousseau, cuando ya no podía con los pantalones, recordaba con delicia las azotainas que le había dado de niño la Srta. Lambercier, y casi le caía la baba entonando aquel cantar de su infancia:

(1) Te tuteo, casi por la misma razón que vosotros los poetas tuteáis á Dios.

*Tircis je n'ose
Ecouter ton chalumeau
Sous l'ormeau*

¿Por qué, pues, habías de olvidarme tú, que disfrutas de un humor sano, no eres misántropo como el solitario de las Charmetas, te retoza en el alma una jovialidad que Dios te conserve, y tienes una finca en Alicante que es lo que hay que ver?

¡Ay, Ramón! Parece que fué ayer cuando tú eras un rapazuelo y yo te retrataba en el cristal de mis aguas. Han pasado, sin embargo, muchos almanaques desde entonces. Sé por Sánchez Pérez que estás grueso, que gastas patillas blancas, y que sueles pasear en el Retiro hecho un señorón muy respetable, arrellanado en lujoso *landeau* que arrastran dos yeguas muy hermosas... Yo estoy lo mismo que antaño, y si hoy nos viésemos, seguramente no nos sucedería lo que á aquellos amantes de tu dolora, los cuales, al encontrarse cara á cara después de muchos años, dicen:

—¡Dios mío, y éste es aquél!
—¡Dios mío, y ésta es aquélla!

No. Yo poco he cambiado. Algunos árboles secaron en mis orillas, y yo arrastré al mar los cadáveres de sus hojas, como el coche fúnebre lleva al campo-santo los restos mortales de los hombres. Otros árboles brotaron luego, verdes y lozanos, que son mi encanto. También procuré, como río viejo y experto, hacer más holgado mi lecho, robando tierra aquí y acullá; pero nada más, no han pasado días por mí. Me reconocerías, poeta. En cambio yo, ¿cómo habría de reconocerte, si dicen Sánchez Pérez, Clarín, Cavia y Montenegro, que vives como un Dios, entre oleadas de gloria? Ya sé que vas á decirme aquello de:

Tengo el honor de despreciar la gloria.

Y lo otro de:

Humo las glorias de la vida son.

Pero á eso replicaré yo modestamente, que ya sé que los humos de Huelva, por ejemplo, son una plaga; pero hay otros que se llevan tras de sí todas las narices, como *los de la gloria*, y los de un buen cigarro, de aquellos que fumaba nuestro paisano Campo Grande cuando fué di-

rector de la *Humareda*, ó sea la Tabacalera.

Mas como ha llegado la hora de ponerme serio, préstame alguna atención, ya que es préstamo inocente en esta tierra clásica del sable. Naciste tú cerca de mí, en un pueblecillo de Asturias, entre un cielo llorón y un suelo que ríe. Cuando eras niño, la hermosa naturaleza de aquel país habló contigo, y el arroyo del monte, el robledal obscuro, la fértil vega, te pidieron versos. Como eres cauto, esperaste la edad en que pudieras manejar la lira, y utilizaste la simiente de belleza recogida cuando eras pequeñuelo, para dar la cosecha de *Ternezas y Flores*. Empapado está este primer libro tuyo en el néctar libado en los verjeles de la patria, como suelen estar los labios de los niños untados con la leche de las madres. Si ahora lees estos versos, debes de sentirte rejuvenecer, Ramón... ¿Te acuerdas? Me decías entonces:

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé.

Y aquí entra lo serio para ti, que eres hombre de palabra. Me hiciste una promesa y huéleme á que la has olvidado. Aquí está:

Déjame ver, ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver á tu falaz reflejo
el sitio do mi cuna se mecía.
Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer, tu saludo fué el primero;
tú mi primer vagido recogiste;
recogerás también el ¡ay! postrero.

Ya lo ves. Está bien claro: has prometido morir cerca de mí; y aunque no ha llegado, ni quiera Dios que llegue pronto, para ti la hora suprema, temo fundadamente que la ofrenda no se cumpla, y yo no tenga el consuelo de recoger lo que es mío, porque tú me lo diste. Hace más de treinta años que no vienes á tu tierra, y no falta quien dice que la causa de tal alejamiento nació de una triquiñuela de la política, gracias á la cual no te sentaste en el Congreso. ¡No lo creo! ¡Es imposible que en el alma de un poeta, pueda durar treinta años el rencor de un diputado!...

Ya sé que es una gollería el pedir se-

riamente que cumplas el ofrecimiento que me has hecho: ni soy terco ni pleitista, y si no me dan salmón, con truchas me contento, lo cual quiere decir, en plata, que ya me quedaba yo más alegre que unas sonajas si vinieras á pasar unos días en Oviedo, en la época de veraneo; sería esta excursión una sabrosa *Humorada*. Ahora ya no eres político, sino agricultor, como dijiste á don Juan Valera; llegarías á Asturias como una gloria de la patria que vuelve á sus lares... Si te parezco impertinente, achácalo á buen deseo, á retórica pura, á afán de entretenerme en todo, á lo que quieras; pero insisto en lo dicho: debías de venir; y ten en cuenta que te habla un acreedor, y que tú eres solvente. Los ardidés de la política, no pueden molestarte como en otro tiempo; además, tú, que eres tan amigo de don Alejandro Pidal, estarías como una anguila en mis aguas... ¡Qué no diría á tu alma de poeta esta hermosa naturaleza olvidada! ¡Qué recuerdos no brotarían en esta tierra, al conjuro de tu vara de mago! Los grandes artistas deben de ir adonde son queridos, y es un deber en ellos el dejarse

obsequiar, como lo es también en los pueblos cultos el de respetarlos y quererlos; que no todo el agasajo y valimiento han de llevárselo los hombres políticos, que son mimados casi siempre, no porque inspiren la admiración de nadie, sino porque son los encargados de repartir á cucharadas la sopa boba. Aquí en España, donde todo se lo lleva la política, que es lo mismo que si se lo llevara la trampa, apenas se habla de arte, se lee y estudia poco, seriamente y con gana. Ya lo sé. Podrían todas las flores convenidas negarse á exhalar aromas, como imaginó Sully Prudhomme, sin que nadie ¡ay! echara de menos el perfume... Pero no importa. Algo sano queda. En este país de las guerras fratricidas y de la paz octaviana de las inteligencias, donde pocos luchan por la vocación pura y noble del espíritu; en esta España, donde la mitad de las mujeres paren futuros empleados, es conveniente y ejemplar volver la vista á quien ha medrado por el mérito propio y obtiene el respeto de todos, mostrándose escueto y limpio de hojarasca oficial. Los honores tributados al genio, equivalen en

el espíritu público á la labranza en un terreno. El banquete á Galdós hace años, y la coronación de Zorrilla, lograron fijar unos días la atención de España, y eso se fué ganando... Para ti soñaba yo algo parecido.

Ya ves que soy un pobre diablo que habla seriamente en esta nación que ni sueña con el artista, ni está despierta acechando á los políticos, algunos de los cuales he oído decir que se la comen á rebanadas, como tú habrás comido melones en Valencia, cuando fuiste gobernador.

Ven á Asturias, ó págame en versos la deuda contraída. En Oviedo hay un hermoso teatro bautizado con tu nombre; en Gijón quizá tropieces con aquel gaitero amigo tuyo que lloraba poniendo cara de risa, y en Avilés recordarás á tu tía Andrea, no olvidando que estás en la patria de Pedro Menéndez y de los respetables jamones, que se adelantaron á su siglo por lo suculentos y olorosos... En fin, después de lo mucho que me has ofrecido, con nada menos de lo dicho me conformo; no sea cuento que, escatima de aquí y recorta de allá, vengas á

hacer conmigo lo que con Boileau su médico, el cual, después de prohibir al gran satírico todo lo que le era agradable, djóle socarronamente: *Du reste rejouissez-vous*. Conste, pues, que soy acreedor tuyo: paga con lo que te parezca; pero paga. Si consultásemos el caso con todos los poetas españoles, creo que me darían la razón.

Yo, silencioso y humilde, que comparado con otros ríos soy un pelagatos, nada podría hacer por ti si nos visitaras; pero se me figura no estar engañado al creer en lo mucho bueno que harían en tu obsequio Leopoldo Alas, Armando Palacio, Pidal, Aramburo, Posada, Canela, Melquiades Álvarez, y otros muchos amigos y admiradores tuyos, que sabrían tañer bien el pandero, si lo tuvieran en las manos...

En tanto que yo, Ramón, con ganas de salirme de madre pero obligado á seguir el cauce estrecho que me trazó la Providencia, enviaría á tu mesa buen golpe de truchas, de las que anidan y rebullen en mis senos; y luego, *sacando el pecho fuera*, como dijo Fray Luis, atreveríame á hablar así:

¡Quiera Dios hacer de ti el galán eterno de las musas; y ojalá un decreto del que todo lo puede te declare inmortal, ó por lo menos Matusalén, para admiración y regocijo de todos! Mas ya que está escrito que ni los grandes poetas se eximan de la muerte, no pecaría yo por soñar á mis anchas con que la promesa se cumpliera, aunque lo más tarde posible, viniendo tú á terminar la vida en las riberas de este pobre río asturiano, que te espera hace tantos años murmurando tristemente la dolora eterna de las cosas que pasan.

No sé si llegará esta carta á tu poder; pero si llega, Lema mediante, haz la vista gorda, al ver lo descolorido de sus trazas, ó dala por no escrita, que hecho estoy á que las cosas más tengan la firmeza y duración de lo que se escribe en el agua... Contestación, si me la das, la estimo; si me la niegas, me callo; porque sé respetar el hermoso silencio de las almas que han sabido hablar muy alto, como tú sabrás perdonarme esta osadía, retoño de mi orgullo por haberte besado al nacer con la humedad de mi aliento. Y ahora, Ramón, que dije ya lo que me

bullía en el alma, á mis umbrías márgenes me retiro, á mis tristes remansos vuelvo y á mis humildes escarceos en la sombra, ávido siempre de confundirme con la inmensidad del mar, donde dejo de ser quien soy y me convierto en nadie.

Tu agradecido acreedor, que te desea larga vida,

EL RÍO NAVIA



Campoamor

«Ved lo que el mundo decía», leyendo las obras del gran poeta:

Una joven:—¡Qué galante y qué gracioso es este don Ramón. ¡Y qué bien conservado debe de estar!...

Una persona seria:—¡Qué triste es el fondo de todo esto! ¡Ni Fabié, que es boticario (y pega en la Academia como una cataplasma en un pan), dora mejor las píldoras! ¡Qué agradable amargor!

El cura del Pilar de la Oradada:— ¡Este hombre no cree más que en su ingenio!... ¡Uf!... ¡Escepticismo!... ¡Heterodoxia!... Y dicen que es el poeta más leído... Pues, señor, los hombres de fe que llevamos la venda en los ojos, ¿estaremos destinados á que jueguen con nosotros á la gallina ciega?

Campoamor:—Música celestial llamo yo á todo eso, señores, con el permiso de ustedes. Después de pensarlo bien, he resuelto no ser poeta. ¡Lejos de mí la lírica, la épica y demás zarandajas de literato! Si hasta ahora cultivé el espíritu, en adelante cultivaré... la tierra: soy ante todo agricultor; *humilde cosechero de esparto* (1), pese á mis enemigos que me creen poeta. Viejo y hastiado de cavilaciones, me atrae la hermosura de los campos; y á ellos voy, pues, en busca de soledades... El tiempo que pase en Madrid, procuraré retirarme á un tratado de agricultura. Ni soy pesimista, ni incrédulo, ni ácido corrosivo, como alguien me llamó. Odio el positivismo, amo la metafísica, y en punto á teorías darwinianas, no creo que en las más elevadas ramas del árbol genealógico de cualquier personaje respetable haya que dibujar un racimo de monos colgados de la cola... En lo tocante á mujeres, soy un Alkman. Si la mujer fuera, como decía el misogino Leopardi, *instrumenta regni aut doli*, con ella me fuera igual-

(1) Esto dice Campoamor en su polémica con don Juan Valera acerca de la *Metafísica* y la *Poesía*.

mente del brazo, buscando las aguas que mitigan y no apagan la «sed inextinguible del amor».

*
* *

*En este mundo traidor,
cada cual ve á Campoamor*

según el cristal con que le mira. Hay quien le ve al través de gafas color rosa, y otros hay que le miran con cristal ahumado, como si se tratara de un eclipse parcial de sol... Aparece el poeta, unas veces como un hombre que toma muy en serio la tarea de reirse de todo, y otras, como un señor bonachón, crédulo y francote, que hace versos muy graciosos. Hay quien cada vez que el autor de *Colón* trata de sacar de allá adentro una dolora, se espanta como si viese á un herido arrancarse el vendaje. Para estas gentes, Campoamor tiene en el alma mucha amargura escondida, mucha tristeza en conserva, gran surtido y variedad de penas; pecados viejos, desengaños, sufrimientos; un baturrillo de sinsabores, que han ido poco á poco diseccionando y curtiéndole el espíritu...

¡Quién sabe! Tendrá, tendrá algo de eso don Ramón... Poesía como la suya, no puede brotar en alma inexperta ó nueva. Así como á otros el frío de los años les apaga la inspiración, no dejándoles ni siquiera un pabilo, al autor de las doloras la experiencia del mundo le abre manantiales de poesía. Los mejores versos los hizo el Campoamor de las patillas blancas; por eso es un triste espectáculo ver que le imitan muchos jóvenes listos que sin haber llegado aún á la edad de afeitarse, saben hacer la barba á sus lectores (1).

En el viejo poeta el ardor y fuego juveniles coexisten con la frialdad de la senectud, sin duda porque es cierto que donde más tiempo se conserva el calor es entre hielo. En otros temperamentos, la razón serena, el mucho vivir, lo marchitan y agostan todo: las ideas rosadas se destiñen, las ilusiones vuelan; y entonces al hombre tócale mirar tristemente las cenizas de adentro, los rincones de las alegrías que huyeron, como una madre contempla en la casa el sitio

(1) No va esto con el señor Morera, que tiene inspiración propia. Hablo en general.

donde jugaba el niño que se fué al cielo. Campoamor, sin embargo, ríe tranquilo, goza de la vida, se burla de los que le llaman pesimista, ó se desespera con que le tengan por hombre feliz...

Nadie como él puede abrir el pecho y decir: «Mirad, aquí tengo lo de antaño y lo de ogaño: alegrías, sueños, anhelos, penas, realidades, pesadumbres, goces... todo lo colecciono desde hace muchos años. Todo está aquí, perfectamente conservado. Podéis verlo á través de un carambano...»

*
* *
*

La copa con que nos brinda el poeta tiene

*Dulce el borde,
amargo el fondo.*

El licor apetece. Las burbujas ascienden con rapidez vertiginosa. Tiene el atractivo del color del oro. Relámese uno de gusto bebiendo un trago ó dos; pero el goloso que apure la copa, el que empine el codo demasiado, sentirá, sí, sentirá en la boca el amargor del poso...

Pereda (1)

Querido Pepe: No dejará de chocarte ver impresos estos renglones que, bien mirado, debieran contentarse con hacer el viaje en el sobre y morir oscurecidos y sobados en un bolsillo de tu chaqueta, ó lo que sea... Pero, amigo, ¿qué quieres! En primer lugar, el que á ti te choquen estas cosas no está averiguado que sea motivo para dejar de publicar esta carta; además, como nadie me prenderá, ni me formarán causa, ni me echarán á servir al rey, ¿por qué diablos no he de sacarla á relucir? Ya ves. Estoy nadando en razones. El otro día leí que el emperador Napoleón I solía mandar á los escritores de menor cuantía á un

(1) Se publicó en *El Atlántico*, en enero de 1889.

castillo, en donde concluían sus días, y sus escritos, cargados de cadenas. Pues bien, ¿no está demostrado que murió Napoleón? ¿Sí, eh? Ergo no me pondrá grilletes. Convéncete, pues, de que lo que me sobran son razones; lo que hay es que las uso pocas veces, por no singularizarme, y porque ya pasaron de moda, lo mismo que los miriñaques y los pantalones de campana.

En tu última carta, amigo Pepe, me dices que te hable de Pereda, y me preguntas que si le vi alguna vez, y concluyes diciéndome: «¿Qué te parece de él?» ¡Qué me parece de Pereda! Algo dudo que yo tenga *parecer*; pero, en fin, ya que te empeñas, buscaré, buscaré, a ver si hay algo de eso que me pides... Verás.

Pereda, amigo Pepe, anda por regiones elevadísimas: anda por las nubes; recorre todas las cimas y vericuetos de la gloria; no sería raro verlo en los cuernos de la luna... yo, sin embargo, le vi una vez en el Campo de San Francisco, de Oviedo, un día que descendió de las alturas para dar un paseo por aquel hermoso sitio en compañía de otros se-

ñores: entre ellos me parece que estaba Clarín. Era don José María un hombre de rostro avellanado y expresivo, que me trajo á la memoria los retratos de Cervantes; vestía modestamente chaqueta y hongo, usaba lentes; y sobre el color moreno del rostro, destacábanse una perilla muy blanca y un bigote también helado por los años... A mí, que tratándose de hombres á quienes admiro soy algo visionario, me mortificaba el no ver la cabeza y la frente de Pereda; atisbé á ver si saludaba á alguien quitándose el hongo; pero ¡quía! no *pasaba un alma* digna de una sombreroada. El autor de *Pedro Sánchez*, parecióme un hidalgo respetable, llano y distinguido; y, sin saber por qué, al verle acordéme de árboles genealógicos, de muebles antiguos tallados y lustrosos y de otra porción de cosas que ya pasaron y que tienen su poesía. Te explicaré esto. Pereda, describiendo la vida montañesa del día, dándonos á conocer los tipos de actualidad, será admirable; en su paleta tiene todos los colores y los combina y maneja con habilidad extraordinaria, hasta hacerse inimitable; pero yo prefiero las páginas de

Pereda que nos hablan de las cosas de ayer, prefiero verle pintar toda esa gente que va ya río abajo á impulsos de las ideas nuevas; y no es que yo sea de los que se llaman *apegados á la tradición*; nada de eso, Pepe; sin embargo, encuentro en todo lo que ha muerto muchos encantos... Para mí un alma de artista es un almacén de recuerdos, que se están *allí dorando* para aparecer luego en libros como *Sotileza*, ó de otro modo; y cuanto más tiempo estén *dentro*, mejor, porque salen después más vigorosos, más robustos, madurados al calor del espíritu... Créeme, Pepe de mis pecados, todo esto, si no es verdad, no le faltará mucho para serlo; además, casi, casi, lo dijo Goethe, aunque de otro modo; conque ¡figúrate tú!

A mí, cuando leo los libros del insigne montañés, me asaltan mil recuerdos: noto en las narraciones de Pereda, aun en las que parecen más alegres, un fondo que no es ni pesimismo ni tristeza; pero sí cierta *pátina melancólica* y dulce, con que el literato presenta á nuestra vista, por un milagro del arte, muchas cosas que fueron y que bien

merecen una lágrima... ¿Te acuerdas de aquellos marinos de nuestro pueblo, que conocimos de niños? Tenían algo de Tremontorio: cuando leí la muerte de éste, descrita por Pereda, estuve á punto de llorar como una Magdalena, ó como el misántropo Rousseau, cuando le cantaban de viejo aquella copla que había oído en su infancia:

*Tircis je n'ose
Ecouter ton chalumeau
Sous l'ormeau.*

Mira tú también hacia atrás, amigo Pepe, y de seguro te convences de que lo pasado tiene hermosura... ¿A que la tienen para ti aquellos coscorriones que te daba tu padre, que en paz descansen? ¡Quién te lo había de decir entonces, cuando sentías el escozor! A pesar de todo, no te respondo de qué, si hoy te dan una bofetada, ha de resultar poética en pasando unas primaveras. No te fies.

.
.